

La introducción no es de mucho alcance. Ofrece recurrentes errores de puntuación y redacción, y las citas bibliográficas no se ajustan a las normas convencionales. Ampliamente ilustrada y bastante bien documentada —aunque la consulta de la prensa habría servido de buen complemento—, la publicación se convierte en fuente ineludible para investigaciones posteriores sobre el tema.

Este conjunto de publicaciones son un positivo aporte a la recuperación del patrimonio cultural de Antioquia, y aunque su difusión no es masiva, y por lo tanto su alcance social es limitado, contribuyen a reintegrar los fragmentos de nuestra identidad.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ



## La poesía como compañera de la vida

**Campesino en la ciudad**  
Carlos Jiménez Gómez  
Editorial Retina, Bogotá, 1988

El motivo es claro y, por lo tanto, de raíces profundas; las palabras, diríase, entrañables, en el ánimo de una composición que a la vez relate y delate. Es el libro *Campesino en la ciudad*, colección de poemas de Carlos Jiménez Gómez, en esmerada edición que ilustra un grabado (*El campesino*) de

Aníbal Gil. Sólo está acompañado de un subtítulo que, como todos, no dispone sino predispone al lector: "La estética del desarraigo", y la fecha de edición es el 10 de diciembre de 1988.

"Y otros poemas", dice, en total treinta y ocho, por los cuales desfilan los arquetipos de la vida ancestral y dolorosa del campo, seres, imágenes, hábitos, anécdotas, que devuelven la imagen de unas existencias en el límite trágico que las lleva a abandonar su lar. Entonces son el recuerdo del fuego del hogar frente al desierto de las calles hostiles. Más que estética es drama esta sucesión de visiones, de contrastes y puestas:

*En mi vereda yo me llamaba  
Juan,  
Hijo de Juan y Juana,  
nieto y chozno de Juan.  
Los Juanes éramos un río viejo  
que desde lejos se oía cantar.  
Aquí los Juanes no importamos.*

Este "aquí" es la ciudad, y quien habla alza la voz en nombre de los hombres del campo, inexistentes por el sino del desarraigo. Una vida se cierra y otra —que es agonía— se abre. En términos generales, el libro es triste en cuanto a las anécdotas, y recuerda a uno de nuestros clásicos, la *Melancolía de la raza indígena*, cuando otro hombre célebre se preocupó por el destino de la gente que alimenta la tierra que nos da el alimento. Triste y, más aún, oscuro en los escenarios y los actos. Prima el recuerdo, o los recuerdos de la vida no tanto del campo sino de la provincia y la aldea, como fuera del tiempo y de la historia, que de pronto caen sobre ellos, así en un descenso del paraíso al infierno o del corazón a las lágrimas; paso de la ilusión a la verdad o del engaño al desencanto:

*La linda provinciana,  
con todos sus retoños  
y sus macetas de geranios  
desembarca animosa en la  
ciudad.*

Y es la tragedia humana, que habla no tanto del desarraigo como de la inhumanidad de las ciudades, de la

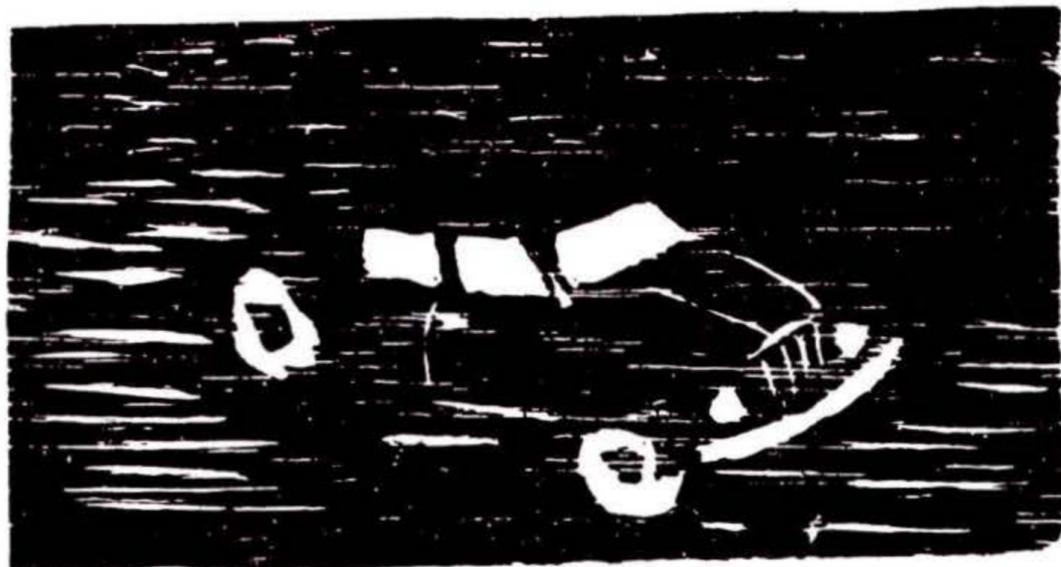
depredación del sentimiento y del valor, aun de la vida, en instantes que llegan a hablar de lo sórdido.

Desde luego, está en el poemario la situación concreta de Colombia, y hay un enjuiciamiento tanto a la historia como a la vida social y a la tradición política. Pero hay un motivo central: la destrucción de la identidad de las personas, que llegan a ser para sí mismas desconocidas y extrañas. El desarraigo llega a su punto último cuando el exilio es dentro del propio suelo:

*No se qué fue del hijo de mi  
madre.  
Ya no me reconozco.  
No hay espejo que responda  
por mí,  
por el que era yo entonces.  
El que creía tantas cosas bellas,  
el del alma lilial y el corazón de  
niño.  
El campesino ingenuo,  
elemental,  
ya no existe en verdad ese sujeto.  
Murió de multitud,  
de ciudad y de asfixia.*

Están los tópicos de una vida de hogar que al alejarse ha desaparecido y con ella el sentimiento que la alimentara. Los poemas son también como pequeñas estampas, casi como cuadros de costumbres que retratan el alma de seres y de objetos, dentro de un conocimiento real de esa vida (si se acerca la lente de aumento, el tipo dibujado es el de antioqueño), a la cual está el autor unido por lazos cordiales y vitales. Los versos son de un corte tradicional, en ritmo y lenguaje, y casi coloquial, donde estaría la virtud que revelan los lazos de la sangre.

¿Podríamos decir que es poesía social o de denuncia? No es, definitivamente, esa la intención, aunque el soporte esté en el deseo o la necesidad de sacar a la luz una peculiar circunstancia de la condición humana, envuelta en la negación del destino y en la desdicha de la frustración. Y, tanto como del campesino o de su desarraigo, podría entresacarse de los versos una versión de la ciudad moderna, sobre todo las que han edificado o destruido las sociedades degrada-



das, que sería el caso de la nuestra. Cuando no hay comunidad humana, no hay ciudad, que es su habitación, o sea: la habitación niega a su habitante, vuelto ajeno a las cosas familiares.

No obstante, hay una segunda sección que contrasta con ésta, en cuya glosa hemos querido caracterizar el aliento más general del libro. No varían enteramente en motivo los poemas, pero sí se hacen íntimos, más personales. Hay uno, en especial, que calificaríamos como demanda a la palabra poética. Es el que la inicia, titulado, justamente, *A la poesía*, cuya transcripción debe ser íntegra:

*No me des las flores del campo.  
Regálame las de la vida.*

*No me describas los colores de  
la aurora.  
Despiértame cuando vaya a  
amanecer.*

*No me cantes las alabanzas de  
las muchachas.  
Dame de comer en el panal de  
su corazón.*

*¿Para qué la sombra de los  
árboles  
si puede mitigar en su savia mi  
sed?*

*Llévame de la mano.  
Llévame al fondo de las cosas.*

*Préstame tu lámpara  
y descende conmigo  
pero no al ritmo de tus compa-  
ses de fiesta  
sino al de tu música interior.*

El giro es claro y profundo, y va en busca de esas "pocas palabras verdaderas" que pedía el clásico. Está, en el pórtico, la idea o el sentimiento de la poesía como compañera de la vida, como su guía o su lazarillo, así, personalizada y así amada y buscada. Se la llama en ayuda de los días y de su iluminación para estar al lado de las cosas. También ella explica esas cosas, esto es, que hace el mundo comprensible, en un reclamo, aquí, profundamente humano, y en actitud de verdad lírica.

La poesía establece el coloquio con las cosas, y los poemas que vendrán se hacen meditativos, casi abstractos a veces, pero con las razones del corazón que quiere penetrar en el hecho de ser. También, por ello, son poemas de una conciencia solitaria, y podríamos tomarlos como los pensamientos del hombre inmerso en la multitud, y por lo tanto, en su soledad, en esta peregrinación ya no por la tierra sino por el tiempo, y no el de los relojes sino el interior.

Sería el drama entre la intimidad y el mundo, entre aquellos que somos y lo que no es nosotros, drama que se intensifica con la imagen del hombre elemental, dibujada en los poemas iniciales. Y, en este doble juego, el mundo es contrario, estar en él es como estar "fuera", en lo que no nos pertenece ya, comenzando por el protagonista mismo de la acción, que tiene que olvidarse de sí para cumplir con ella. Entonces, la visión de la naturaleza se hace idílica, cuando en el relato de la vida campesina no estaba presente el mundo natural. Por enunciados como éstos se hace inmensamente seductor este libro que

traza el rumbo que, desde el exilio de la propia alma, lleva hasta la poesía:

*Cuando cae la noche  
voy a mis soledades.  
Recorriendo mis sendas inte-  
riores,  
tomo aquí del jardín y del pai-  
saje,  
allí del cielo o de la brisa pura.*

JAIME GARCÍA MAFFLA

## El celador del cementerio

### Poesía escogida

*Julio Flórez.*

Prólogo de Harold Alvarado Tenorio. Arango Editores/El Ancora Editores, Bogotá, 1988

Para un espíritu tan libre como el del lector contemporáneo, cuesta creer que una literatura se sustentara solamente con la insistente repetición de unos pocos temas. Es cierto que, y todos los grandes escritores así lo confirman, la literatura gira alrededor de varias obsesiones, pero de algún modo éstos se cuidan de darle una forma distinta en cada uno de sus libros. Es un merodeo; en el modernismo era un acoso. En Julio Flórez (1867-1923) se pueden observar estas características.

En cierta medida, la poesía colombiana ha tenido un papel reconciliador en períodos de gran turbulencia. La publicación en 1886 de *La lira nueva* puede verse como el final de una época de guerras y como un principio de ordenación literaria e histórica, ya que los poetas tenían como misión combatir un medio hostil con el arma que consideraban la más alta del pensamiento: la literatura. Para referirnos al ámbito estrictamente andino, Bogotá en 1886 era una ciudad que contaba con once periódicos, se podían conseguir libros extranjeros en las librerías y mos-